

¿QUIEN NO DEBE DIRIGIR TODA LA CORRESPONDENCIA?  
No se devuelven los originales, aunque no se inserten.  
C. LAGO DE SANTA MARÍA, 4

## LOS CONSERVADORES

**La unión conservadora**  
Varios periódicos dicen que los exministros Sres. Cos Gayón y Villaverde y los exsubsecretarios Sres. Dato y marqués del Vadillo, han sido designados para formar la Junta central encargada de dirigir a los conservadores y silvelistas en las próximas elecciones.

Dicha Junta llamará en breve a los jefes de provincias y les dará instrucciones verbales para la inmediata formación de Comisiones mixtas.

Estas deberán constituirse antes de fines de Noviembre próximo.

Pero *El Tiempo*, órgano de los silvelistas, publica un suelto que dice así:

«No creemos que estén en lo cierto los periódicos que han supuesto que se ha formado la comisión mixta para las elecciones.»

### La otra rama

El Sr. Elduayen invitó ayer a un almuerzo, que tuvo lugar en su casa, a los señores duque de Tetuán, Bosch, Navarro Reverier y Castellano.

El señor duque de Tetuán visitó antes al general Azcárraga, y por la noche volvió a conferenciar con el general.

A pesar de que un periódico no concede carácter político a todos estos hechos, fueron anoche muy comentados en los círculos.

Hay indicios para presumir que se ocuparon de las últimas reuniones del directorio y de la línea de conducta que habrán de seguir determinados elementos del antiguo partido conservador, en vista del acuerdo relativo a la inteligencia parlamentaria y electoral concertada con los amigos del Sr. Silvela.

Parece inútil decir que la generalidad de los circunstantes se mostraron—á lo que parece—poco devotos de la fórmula conciliatoria aceptada por el directorio.

### El Sr. Romero Robledo

El Sr. Romero Robledo, que como saben nuestros lectores llegará á Madrid el día 4 de Noviembre, viene, según se dice en los círculos políticos muy batallador.

Ha guardado hasta ahora silencio, esperando lo que hicieran sus antiguos amigos y correligionarios, no queriendo influir en ningún sentido para que no pudiera decirse que se malograban por él los intentos de conciliación con los silvelistas.

Conocidas ya las determinaciones del directorio, el Sr. Romero Robledo se cree desligado de todo compromiso y tomará parte activa en los trabajos que realicen los conservadores que no están conformes con la fórmula electoral acordada con los silvelistas.

Dicen los periódicos que los amigos del señor Romero Robledo sienten grandes entusiasmos por el regreso á la Península del general Weyler, y se aseguran que secundando órdenes de aquel exministro, preparan al señor marqués de Tenerife, á su paso por Madrid para Palma, una brillante manifestación de simpatía.

Se dice también que el Sr. Romero Robledo, identificado con el general Weyler, se propone hacer á su regreso de Antequera una activa campaña contra los que hasta hace poco fueron sus amigos, y se le atribuye el propósito de hacer la selección entre las persona-

lidades más salientes que se le suponen afectas.

### Futura carta al Sr. Silvela

*El Imparcial* supone que el Sr. Silvela recibirá dentro de pocos meses una carta, redactada en términos análogos á los siguientes: Sr. D. Francisco Silvela:

Mi respetable é insigne jefe: Hemos recibido la circular que nos dirige el comité electoral del partido, y después de leerla detenidamente, se nos han ocurrido dudas muy graves que me permito someter á su elevada consideración por si tiene á bien decidir las.

Antes de designar el candidato á diputado á quien hemos de consagrar nuestros votos, es preciso que sepamos qué va á hacer ese señor en el Congreso, si nuestros esfuerzos le dan la victoria, cuando se discute el más grave de los puntos que inevitablemente serán objeto de debate en la próxima legislatura.

Me refiero al problema cubano, á la campaña del general Weyler. Por mucho que imponga silencio el patriotismo, será imposible evitar que este asunto sea objeto de deliberación, y aun me temo que la pasión sea suelta de las cadenas que habrá de echarle el interés nacional. Por más que sea no habrá otro remedio que discutir sobre si el general Weyler estuvo en su gestión afortunado ó con desdicha, si procedió bien ó mal, si debió permitirse continuar pacificando la isla ó si se ha obrado con acierto al relevarlo.

Y aquí de nuestras dudas. ¿Qué va á hacer, cuando ese debate llegue, nuestro diputado?

¿Callarse? Será cosa fea, porque un partido nuevo debe llevar al Congreso hombres que definan claramente su actitud. Parecerá el silencio en tal ocasión cobardía.

Si ha de hablar, ¿qué dirá?

¿Proclamará la excelente doctrina por usted asentada en sus admirables discursos de propaganda? Entonces censurará al general Weyler, probará que la pretendida pacificación de las provincias occidentales y centrales de la Antilla ha sido una burla al país, aplaudirá el relevo y deplorará que se haya esperado tan tarde á medida tan necesaria, y repetirá, en suma, lo que nuestro *Tiempo* escribió y lo que *La* dejó consignado en los admirables períodos de sus oraciones involuntables.

¿Pero si esto hace el posible diputado, ¿con qué oídos le escuchará el general Azcárraga, que ha defendido al general Weyler, que le ha mantenido en el mando de Cuba, que como ministro de la Guerra y como presidente del Consejo se ha hecho solidario de sus actos?

¿O andamos por estas aldeas con la lógica trebuchada, ó el general Azcárraga ha de ser el primer defensor del general Weyler en las futuras Cortes del reino. El nexo que une al general fracasado y al jefe del último Gabinete conservador no pueda romperse sin el trimento de la lealtad de principios de este señor.

Por donde va á resultar una de dos cosas; ó los diputados amigos nuestros y usted mismo habrán de echarse un punto en la boca cuando se afronte aquel debate, ó hemos de salir al primer día riñendo con nuestros aliados electorales.

En cuanto á mí, como soy un hombre de convicciones profundas, después de haber aprendido de usted que el general Weyler ha-

sido una inmensa desdicha nacional, como he de apoyar con mis votos á quien piense ir á las Cortes á defender y elogiar á quien juzgo principal causa del desastre que presencia mos?

Estas son las dudas que se nos ocurren á sus fieles amigos y admiradores de esta comarca.

Rogándole nos las resuelva, se repite su afectísimo atento seguro servidor q. b. s. m., XXX.

### Una protesta

A continuación publica *El Imparcial* un escrito firmado por tres jóvenes silvelistas de quienes son los siguientes párrafos:

«La coalición es hoy un hecho, según todas las noticias, sin que nadie se haya levantado á clamar contra tamaño contubernio... la masa neutra, la opinión de buena fe, la gente nueva, es imposible que siga al Sr. Silvela por estos derroteros. ¿Como va á permitir el país, que hasido y creído que estaban en contención palmaria los organismos viejos y las soluciones nuevas que nuestro nuevo estado demanda, que la paz no podía ser verdadera con desarmonías semejantes, que los hombres del partido conservador caduco habían tergiversado la opinión, falseado el sufragio, corrompido la administración?»

«Como este país puede consentir una coalición electoral, precisamente electoral, en cuyo directorio forme el Sr. Cos Gayón, ministro de la Gobernación cuando se celebraron aquellas tremendas elecciones municipales, para las cuales le parecían poco al Sr. Silvela todos los días del año y todas las horas del día para recordar la ignominia y el triste resultado que obtuvieron para matar definitivamente ó por largos años toda esperanza de regeneración en España?»

La juventud y cuantos se sientan animados del deseo de constituir un partido fuerte, con fin en que el Sr. Silvela, á quien se reconoce universalmente la discreción y el talento, dará un paso atrás, de lo contrario es inútil seguirle. La disciplina del partido, lejos de imponerle, lo impide, que el jefe en tanto lo es en cuanto mantiene enhiesta la bandera é inmaculados los principios. No es la obediencia pasiva, sino la debida, la que ha de ser norma de nuestros actos. Solo así será un partido fuerte y potente; solo la constancia es energía; la energía, poder.

Ninguna ocasión mejor para llevar á la práctica la hermosa teoría de la selección, no admitiendo pactos con quienes representan la vinculación de este feudalismo y caciquismo políticos, con su escuela de inmoralidades.

Si la coalición diese sus frutos de muerte y siguiese el Sr. Silvela, el camino de las transacciones, espere el país mejores tiempos, que no ha de faltar quien con fe verdadera ofrezca ajejar los pedazos de su piel y los trozos de su carne, y ponga toda su fuerza, poca ó mucha, pero la que Dios le haya dado al fin, al servicio de la obra de levantar, de amparar y defender la patria y las instituciones.—Vicente Palacios.—José de Cabrils.—Luis G. Galtés.

## DE ESPECTÁCULOS

«Ande en pelota.—Harto mejor sería, Por no vestirse un hombre cada día.»

decla el insigne Rojas, y «...acá, hermanos, no hay nada que dar, como no sean coplas, y ya me ven á mí, el padre de ellas, desnudo y en pelota como mi madre me parió, exclamaba Mesonero Romanos, con el donaire clásico y la sal ática que á Dios le plugo dar á tan eximio literato.

Con Rojas estoy tan de acuerdo, que reniego de esta maldita época de pantalones—que más parecen tripas para chacineros—de chalecos inútiles, de levitas más protervas que sus homónimos bíblicos, de *fraculines* desgarrados y de corbatas—verdugo del humano pescuezo, emblema del garrote vil á que estamos condenados por vida, merced á la majadera y antiesfética cuanto avasalladora moda de estos nefandos días.

Repitamos, á modo de estribillo con Rojas: «Ande en pelota.—Harto mejor sería, Por no vestirse un hombre cada día.»

En cuanto á Mesonero, sólo me es dado remedar su regocijado concepto, exclamando á mi vez:

«...acá, lectores, no hay otra cosa que dar, como no sea mal romance castellano, y ya me ven á mí, el padre de él, desnudo y en pelota de todo ingenio, como mi madre me parió; conque así, no engaño á nadie y vuelva la hoja el que leysere, por no perder el tiempo en mi insulsa cháchara.»

Y con esto doy aquí punto á ella, pues haré hema distraído del tema que me propuse al comenzar este artículo, pues en otras pelotas, distintas á las aludidas, hice intención de ocuparme.

De aquellas que hoy preocupan á pelotaris y ministrantes de pelotas, de las que son base y símbolo de fiesta tan antigua como el andar á pie, característica de los pueblos vasconavarros, y exhumada como espectáculo público en éstos tiempos, para solaz de muchos inocentes desocupados, origen de pingües rendimientos para avisados empresarios y, según de público se dice, origen de inmoralidad y motivo de sabias ordenanzas de las autoridades de nuestros días, enderezadas á regular, con solicitud paternal, fiesta tan honesta antaño y ogaño tan degenerada y sospechosa.

Digo «honestas», porque alguna reina de los tiempos fabulosos, jugando á la «pelota ligera», según nos dice la «Olixa», despertó al bello Ulises, á causa de haber caído al río, con estrépito, la que entretenía «honestamente» á aquella egregia soberana y á su alborozada corte; digo «honestas», porque en varios tiempos y puebs, singularmente en el siglo XV, en Francia, constituyó, para las damas sugestivo entretenimiento, el manejo de la pelota, en cuyo arte sobresalieron, y singularmente Mma. Argot, que alcanzó grande fama y renombre.

Y digo «primitiva» porque los griegos de la Edad Antigua daban tal importancia á tan inocente deporte, que elevaban estatuas á los más hábiles y diestras pelotaris; el austero Catón no abandonó su «frontón» del Campo de Marte, ni aun el día en que se luchaba por su candidatura; los más conspicuos próceres de la corte de Augusto y los más excelsos representantes del Parnaso, tales como Virgilio Horacio, Mecenas y otros, hacían alarde de su agilidad y pericia en el arte de pelotas; Galeno prescribió, sabio y circunspección, el ejercicio del juego de pelota, para prevenir apoplejías; los romanos «echaban un partidito»

antes del baño, y Plinio refiere que sus contemporáneos lo estimaban como uno de sus predilectos entretenimientos.

En los tiempos medios, también pelotearon nuestros ilustres abuelos, no desdendiéndose de ello, los reyes y los príncipes, y en la Edad Moderna, lograron celebridad por su destreza en tan varonil divertimento, los augustos monarcas Francisco I y Enrique IV.

Tanta importancia hubo de darse al juego de pelota en Francia, que el Parlamento y el Louvre dictaron leyes y ordenanzas, prohibiéndolo á los villanos, y no debemos dejar de mencionar que en un frontón francés, se llevó á cabo la declaración de los derechos del hombre.

En todos los tiempos, sin embargo acarreo el pelotarismo sinsabores sin cuento, llegando á producir demencia á egregia castellana: á la reina doña Juana, apellidada «la Loca», á causa de la muerte de su regio consorte Felipe «el Hermoso», ocasionada por haber bebido éste agua fría, después de largo ejercicio en el juego de pelota, á que se dedicó en las fiestas que en su honor dispuso su privado D. Juan Manuel, en agasajo por haberle conjerido el monarca el gobierno del castillo de Burgos.

Hoy, algún «zaguero», en un «evés-aire», improvisa, á las veces, un ciclope, lanzando brios y certaramente una pelota de Elgoibar, al «ojo derecho» de cualquier espectador.

De cuanto deducimos, que en todo tiempo y lugar, hay que tener mucho cuidado con las pelotas.

RAFAEL CHICHÓN  
(Prohibida la reproducción)

## UN NEGOCIO SOBRE CUBA

*La Correspondencia* publica una carta de su corresponsal en Nueva York recordando que en Mayo último un sindicato de capitalistas de aquella población, por medio de comisionados, presentó al presidente Mac Kinley un proyecto para resolver la cuestión cubana.

En esbozo, el plan era el siguiente: «Que por los buenos oficios del Gobierno de los Estados Unidos se lograra que España concediera la independencia de Cuba, mediante una indemnización de cuatrocientos millones de pesos, suma que el sindicato aprontaría, emitiendo al efecto bonos con garantía del Gobierno americano, á cuyo efecto éste intervendría en la administración de Aduanas de la república de Cuba.

Dijose á la sazón que Mr. Mac Kinley acogiera ese proyecto favorablemente, si el sindicato lograba el apoyo del Gobierno español.

«Y con esa fin constata—dice el corresponsal—que los comisionados del sindicato tuvieron la osadía de presentar á nuestro ministro plenipotenciario en Washington la respuesta del Sr. Dupuy de Lome fué digna de la nación que representa.

«Si hubiera un Gobierno español que me ordenara firmar semejante convenio, yo no le obedecería.»

Ante esa actitud, el sindicato cesó «ostensiblemente» en sus gestiones.

«Pero un «trato» de capitalistas yankees, una vez estudiado y emprendido «un negocio», no desiste fácilmente ni se amilana ante los mayores obstáculos.

cual he venido apresuradamente...

—Las comunicaciones que os anunciaba ese billete, caballero, se referían á la herencia de que os he hablado y que me parece que es una cuestión mucho más importante que la desaparición de esa cómica del teatro de la feria... Os ruego que no volváis á preguntarme nada que tenga que ver con ese acontecimiento que no tiene nada de extraordinario ni de raro... además ¿qué queréis que sepa yo de eso?

Aquella mujer mentía descaradamente.

El mayor Herr Gott Sacrament, la había instruido al detalle de todo cuanto había pasado en la cantina de Luxemburgo.

Y Portian había ido la víspera á pedirle que le prestase por algunos días la casita de la calle del Infierno y de los Pescadores.

Inútil es añadir que la excelente esposa se había apresurado á complacerle.

Su querido esposo iba á librarle con aquella pequeña infidelidad de una peligrosa rival.

Nuestro amigo, Juan creyó que el suelo se hundía bajo sus pies.

Tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón para no caer.

Y repitió con angustia:

—Nada, no sabeneda... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!

—¡Ave María!—exclamó Marión.—

—¿Tanto amáis á esa mujer?

—¡Que si la amo!

Toda el alma del honrado oficial vibraba en esta espontánea exclamación.

—Entonces—replicó la señora de Maillane—si tanto la amáis, ¿por qué diablos consentís en ser mi marido?

El capitán la miró con asombrados ojos.

—¡Casarme con vos!—exclamó.—

—¡Yo... ¡Yo casarme con vos!

—¡Pardiez!—replicó la exviuda Griffar ágridamente.—Creo que no esperaréis que vaya á hacerlos conde de Aspremont á humo de pajas.

Juan se llevó las manos á la frente.

—Por favor, señora, os lo suplico, explicaos. Mirad que mi cabeza se pierde más y más con vuestras confusas palabras, y comprendo que pierdo

—Puesto que la señora os ha llamado, servios indicarme el camino de la escalera.

La exviuda Griffar se levantó.

—Creo que he entendido mal—dijo; no es posible que penséis en dejarme... sería una verdadera locura...

El joven se inclinó para despedirse.

—Sin embargo, señora, tengo ese sentimiento al mismo tiempo que el de haber perdido unos momentos preciosos que podría haber empleado mejor...

Su interlocura se estremeció violentamente.

—¡Pero, Dios mío, eso es imposible! ¿Y nuestro asunto... nuestro principal asunto?

—¿Qué asunto?

—El de la sucesión, que os pertenece con perfecto derecho.

—¿Qué sucesión?

—La de vuestra familia.

—¿Pero de qué familia habláis?

—Del viejo señor.

—¿Qué señor?

—El conde Gaspar.

—¿Qué conde Gaspar?

hablemos poco y bien, á fin de volver cuanto antes á tratar de los asuntos del sentimiento, que son como la esencia de mi naturaleza.

Y miró frente á frente á su interlocutor.

—¿Qué diríais, grupo mozo, si despertáseis mañana en el pellejo del heredero de una de las casas más nobles de Francia?

—¡Yo!

—De una de las más nobles y de las más ricas... con las rentas de un marqués de Caravaca, con inmensas tierras que se pierden de vista, con castillos como el del Louvre y el de las Tullerías... una fortuna, en fin, inmensa, fabulosa, saneada, redonda.

El oficial escuchaba aturdido.

Ella continuó:

—Y además de todo eso, casado con una persona en extremo agradable, joven, hermosa, elegante y que disfruta excelente salud (sobre todo tiene un estómago de hierro). ¡Y qué talento!... ¡Y qué maneras de duquesa!

Pues bien: esta mujer que os he descrito á la ligera es la que os lleva,





